

# EL TESORO DEL SULTÁN

**Clara Giménez Lorenzo**

Todas las tardes, Leila esperaba a Hugo en el tercer banco del parque. A veces, su hermana Yasmine la acompañaba; otras, tenía que cruzar sola las dos calles que la separaban de la plaza. Esto no tendría nada de extraordinario si no fuera porque Leila solo tenía ocho años, y dos calles atestadas de tráfico constituyen un peligro para cualquier niño de esa edad. Sin embargo, Leila no quería renunciar a la compañía de Hugo, ni siquiera cuando su hermana no podía llevarla.

Siempre llegaba antes que él. Se sentaba y balanceaba sus pequeños pies, que aún no le llegaban al suelo, hasta que veía aparecer a Hugo y Jessica, la niñera de éste. Entonces, seguía mirándose fijamente los pies, porque no quería que se notara lo nerviosa que se ponía al verle. Cuando Hugo llegaba a su altura, los dos, sin mediar palabra, disputaban una carrera hacia los columpios. Esa carrera siempre disipaba la vergüenza inicial que se da entre una niña y un niño de ocho años, ya que, uno de los dos ganaba y retaba al otro a una revancha, encargándose así de romper el hielo.

Las horas que pasaban juntos podían tener mil variaciones, pues ninguno de los dos andaba falto de imaginación. Algunos días, Leila llevaba a Hugo a conocer Marruecos: los dos exploraban las dunas del desierto, se encaramaban a los árboles de la selva -Leila no estaba segura de que tal cosa existiera en su país, pero Hugo decía haberlo visto en una película- o fingían que la merienda que Jessica suministraba a Hugo a media tarde era en realidad té ofrecido por los bereberes. A Leila le encantaba que Hugo tuviera tanta curiosidad por conocer su tierra, en los tres años que llevaba en España, nadie se había mostrado tan interesado. De hecho, la madre de Leila a veces no la dejaba ni tan siquiera hablar árabe en algunos lugares -especialmente cuando iban en autobús y alguien se las quedaba mirando fijamente-, aunque ella no alcanzaba a entender exactamente por qué.

Sin duda, las tardes con Hugo eran el momento favorito de Leila. Al principio, había pensado que Jessica era la madre de su amigo - aunque no se parecían en nada, Hugo era pelirrojo y Jessica más bien morena-, pero él se había puesto muy serio cuando ella había sacado el tema.

- No es mi madre. Mi madre tiene un trabajo importante y siempre está de viaje, por eso no puede llevarme al parque -le había dicho.

Leila lo entendía perfectamente y, secretamente, se alegraba de que tuvieran algo en común. Aunque su madre no viajara, tampoco podía acompañarla nunca, se pasaba los días trabajando y apenas podía estar con ella. Leila sabía que su trabajo consistía en limpiar casas de otras personas, aunque no sabía si eso era importante o no. Sin duda, debía serlo, ya que solo la veía por las noches. Era Yasmine quien se encargaba de limpiar el pequeño apartamento donde la madre de Leila vivía con sus tres hijos, y hacer la comida a Leila y Rachid -aunque la verdad es que últimamente el hermano mayor de Leila pasaba poco por casa, al volver del parque siempre lo veía sentado en un portal en

compañía de otros chicos. En alguna ocasión, él no había dado muestras de reconocerla-.

Y entonces, una tarde de mayo, cuando ambos llevaban ya casi un año jugando juntos –pese a que habían estado un mes sin verse cuando Hugo se había ido de vacaciones-, todo cambió. Leila llegó al parque a la hora acostumbrada, dispuesta a repetir su ritual de balanceo de pies. Pero Hugo ya estaba allí, en compañía de Jessica. Ella parecía enfadada o asustada, Leila no habría sabido decirlo. Hugo mostraba claramente signos de haber llorado, a Leila se le encogió el corazón nada más verlo. Tal vez, Hugo había hecho algo mal –sacar malas notas en el colegio o no ir a su entrenamiento de fútbol, cosas así podían ser motivos para una regañina tremenda por parte del padre de Hugo, él siempre le contaba que era muy estricto-, pero, cuando su amigo echó a correr hacia ella, Leila supo que no había sido exactamente así. Vio en la cara de Hugo una expresión muy extraña, una mezcla de tristeza, miedo y vergüenza. Y entonces, algo en ella le hizo saber que estaba relacionado con el mismo motivo por el que su madre no la dejaba hablar árabe en ocasiones.

- Jessica solo me deja cinco minutos -le dijo Hugo sin aliento cuando llegó a su lado.

- ¿Qué pasa? ¿Has cabreado a tu padre con las notas de mates?

Leila cruzaba los dedos internamente para que así fuera.

- Sí, bueno, más o menos, algo así...Mi padre no me deja volver nunca más.

Las palabras de Hugo resonaron con un gran estallido en la cabeza de Leila. ¿Cuánto tiempo era nunca más? ¿Qué significaba eso? ¿Se mudaba Hugo a otra ciudad? Leila no entendía nada, ni estaba segura de querer entenderlo. No tenía ni fuerzas para llorar, era incapaz

de procesar que, de un día para otro, no iba a volver a ver a su mejor amigo.

- Toma -Hugo se sacó algo del bolsillo mientras se giraba nerviosamente hacia Jessica, que lo estaba llamando- Quiero que la tengas tú. Pero no es para siempre, algún día tendrás que devolvérmela -dijo, mientras le daba un torpe abrazo, un abrazo que, durante los años venideros, Leila intentaría recordar a menudo, y depositaba una piedra en la mano entreabierta de la niña.

Se trataba de un curioso pedrusco que habían encontrado por casualidad meses atrás, y que habían imaginado que formaba parte del tesoro de un rey o sultán. Después de pasar media tarde discutiendo, habían echado a suertes quien se la quedaba. Antes de que tuviera tiempo de decir nada, Hugo ya había desaparecido. Leila se quedó sola en medio del parque, con el sentimiento de haber hecho algo mal, de ser culpable en algo, aunque no sabía exactamente el qué.

Lo que Leila no sabía era que, un día antes, el padre de Hugo había pasado casualmente por el parque, y los había visto juntos. No sabía que Jessica ya estaba despedida (“¡Maldita inútil, te dije que no llevaras a mi hijo a ningún parque de Lavapiés! ¡Solo hay putos moros!”), le había gritado el padre a Jessica), y que Hugo había recibido la bronca de su vida aquella noche. No sabía que el padre de su amigo militaba en un partido de ultraderecha –ni siquiera sabía el significado de dicho concepto- y que, para él, nadie que no fuera español de pura cepa merecía tocar a su hijo. No sabía que Hugo iba a ser reubicado en un colegio privado –su padre lo había llevado a un colegio público cediendo a los caprichos hippies de la madre de éste antes del divorcio; sin duda, allí era donde le habían enseñado que estaba bien juntarse con tal chusma-, y que su padre estaría muy encima a partir de ese momento para que no fallara nada en su educación; al fin y al cabo, llevaba meses jugando con una mora de mierda sin que él se hubiera enterado, eso era un aviso a que debía prestar más atención a su papel como progenitor.

Sin embargo, en los años venideros, Leila aprendió muchas cosas, algunas que habría deseado no saber nunca. Aprendió a cuidar a su madre enferma –llegó un punto en el que las manos le temblaban tanto que ya no la contrataban en ningún sitio- y a enfrentarse a su hermano Rachid cuando la reñía por salir sola con chicos o le exigía dinero para gastar en alcohol y otro tipo de cosas. Aprendió a compaginar sus estudios con trabajos de niñera, camarera y lo que surgiera, a la vez que suplicaba a su hermana Yasmine que no dejara los suyos. Aprendió que España no era un país tan tolerante como sus profesores y las encuestas decían –no tenía ni idea del número de veces que la habían insultado o infravalorado por ser marroquí, pese a que llevaba más años viviendo en Madrid que en su país natal-, y que las personas que la trataban con total normalidad eran muchas menos de las que a ella le gustaría. Aprendió a poner nombre a aquellas sensaciones que había comenzado a sentir de pequeña, y que se habían intensificado para siempre el día que Hugo había desaparecido de su vida. Para ella, el racismo y la xenofobia eran conceptos tan poco abstractos que le dolía casi físicamente el mero hecho de pensar en ellos.

Una mañana de mayo, mientras Leila volvía a casa cavilando sobre cómo pagar en un futuro la universidad –animada por una de sus profesoras, deseaba estudiar Derecho para saber más acerca de los Derechos Humanos que tan lejos de su alcance sentía en algunas ocasiones-, se encontró caminando por el parque en el que de pequeña había jugado con Hugo. Muchas veces, inconscientemente, se desviaba allí de camino a casa. No sabía por qué lo hacía, no creía que Hugo fuera a aparecer, ni tan siquiera que pudieran reconocerse –muchas veces le había parecido encontrar su cabello pelirrojo o sus ojos grises entre la multitud, pero siempre se trataba de una sensación que duraba segundos-. Tal vez lo hacía porque le gustaba caminar por un sitio en el que sentía que había sido totalmente feliz, en el que había olvidado el peso de ser inmigrante, árabe y mujer mucho antes de comprenderlo.

De repente, sintió que alguien la observaba. A unos metros de ella, sentado en un banco y balanceando los pies, había un chico de su misma edad. Leila no podía distinguir bien sus rasgos, pero su cabello era claramente rojizo. Se encaminó hacia él con el corazón latiéndole cada vez más fuerte, hasta el punto de querer salirse del pecho cuando distinguió sus ojos grises. Junto a él había una voluminosa mochila; Leila aún no sabía que Hugo también llevaba su propia carga a cuestas, y no solo porque hubiera tomado la decisión de irse de casa, los años anteriores para él tampoco habían sido fáciles; el padre de Hugo no había podido prever que, aunque su hijo dejara de juntarse con gentuza, seguía cabiendo la posibilidad de que saliera maricón. En los meses venideros, Hugo tendría mucho tiempo para contarle a su amiga de la infancia esto y muchas otras cosas, mucho tiempo para recuperar todas las tardes perdidas.

- Hola, Leila. Te dije que algún día tendrías que devolvérmela. No ibas a quedarte tú la mejor parte del tesoro.

Pese a la gravedad de su voz, la sonrisa pícara de Hugo no había cambiado nada durante todo aquel tiempo. Sin ser capaz de articular palabra, Leila acarició la piedra que llevaba siempre en el bolsillo. Qué más daba que hubiera sido propiedad de un rey o de un sultán, que más daba de dónde procediera, el verdadero tesoro era que dos personas que se querían iban a poder continuar su historia donde el racismo la había interrumpido diez años atrás.